

LA CAPILLA

Andrés Sánchez Robayna

I

Viste la piedra de celebración
e elevarse en la tarde. Rayo alzado,
detenido en la piedra. Caminaste
lentamente, con pasos silenciosos,
por la nave callada
hasta que la mirada se detuvo
sobre el doble silencio, y estallaba
sin ruido la visión junto a pilares,
muros y tracerías, nervaduras
de luz que se elevaban en el aire
y convergían en la infinitud.

II

Esa bóveda,
como cielo labrado en la tarde de julio
por las nubes que pasan, que abandonan
la visión del que abajo las sueña casi fijas
sobre una tarde eterna —esa bóveda fija,
su abanico de brazos desplegados
para abrazar el cuerpo entero de la luz,
¿no te abrazaba acaso a ti también
en sus rayos extensos, bajo la vertical
alabanza de piedra que se erguía
hasta perderse casi en lo remoto,
allá arriba?

III

¿Qué te trajo hasta aquí?

No esperabas hallar bajo estos cielos
este otro espacio que te acoge
como seno materno, como casa
en que el ser se refugia ante la tempestad
y es apresado por la luz,
y se convierte en luz,
reclinada en los muros, y se junta
a la que se desliza
con suavidad por las vidrieras,
y a través del color es el color
y a través de la luz es transparencia.

IV

Afuera,
el césped y los árboles bullentes
y los verdes del verde, los azules
del cielo de verano, las muchachas
y muchachos tumbados en la hierba, las risas,
las barcas demoradas en el río:
era aquel cielo
lo que en la bóveda lucía, eran
las risas y las barcas y los cuerpos
lo que allí se cifraba. Sobre
la piedra el cuerpo de la claridad,
el esplendor sobre las tracerías.

V

Claves,
en vosotras el tiempo se acumula
como en limo y semilla. Gravitáis
como nube tendida sobre el tiempo,

como gota incesante y siempre inmóvil
entre las aguas de la sucesión.

En vosotras reposa
el calor, el abrigo
de este refugio de la luz,
del espíritu errante, de las formas,
del espacio y del cuerpo
en un solo fervor. Seguid, altivas,
fluyendo presurosas en la inmovilidad.

VI

Estos altos pilares, este techo
enramado, y vaciado en diez mil vanos
donde yacen la luz y la sombra, parecen
música prolongada que no quiere morir.

Lo dijeron palabras de otro tiempo
que hoy laten, jubilosas, en tu espíritu.

VII

Alvéolos sagrados en donde se refugian
las notas inaudibles y las voces en fuga
que fluyen desde bocas entregadas.

Piedras atravesadas por la música.
Piedras que beben el sonido
de la música abierta que asciende interminable.

Pilares, muros, nichos ocupados
por la suave armonía de las voces
en la tarde que muere mientras dura la música.

VIII

Alta piedra elevada sobre el limo,
sobre la finitud y sobre el llanto.
Arcos que copian las unidas
manos del desamparo y la esperanza.

Allí se entrecruzaban los lugares,
bajo las claves claras.
Allí se unían, altas, sombra y luz
y todo espacio allí se clausuraba.

IX

Al fondo,
esperándote acaso, otros
adoraban también, y poco a poco
fuiste reconociéndolos. Allí,
La adoración de los pastores, nudo
de sombras, grumo, bulto
contra la luz madura de la tarde,
en la contemplación que no perece,
en la mirada luminosa y fija,
en las manos que tiemblan en la ofrenda
del temblor mismo y de las manos
desnudas, del fervor. Y parecían
esperarte, llamarte a la celebración.

X

Pastores,
vosotros contemplasteis
en una noche oscura la imperecedera
luz, vosotros
la contempláis en una noche eterna
desde un pliegue del tiempo

que se entreabre aquí, en la imagen
de la quietud de unas figuras
que parecen unidas para siempre
a la contemplación, llamarnos
al temblor,
al abrazo, en lo oscuro, de la luz y del tiempo.

XI

Este interior, ¿no enseña
a fundir en el ser
interior y exterior?
¿Afuera no es adentro, adentro
afuera, y todo
espacio un solo fundamento?
Salir de la capilla no era, entonces,
abandonar un interior.

Era cruzar la sombra hasta la sombra,
la luz hasta la luz.

XII

No estás en un lugar, es él el que está en ti.

Aún sigues caminando
lentamente en la nave silenciosa,
los pasos inaudibles se dirían
fundidos en el vértigo de la inmovilidad,
cuando quietud y movimiento
danzan en la unidad y solamente
la luz da testimonio de la danza.

La unidad es la luz.



Victor Mora y Ángel Pardo: *Capitán Trueno*. «En los dominios de Huastec»